

v

LUCHA CON EL DESTINO

Don Luis.—Elvira.—El alma en pena

Al ver el lecho vacío,
 en amarga transición,
 tiñó de don Luis el rostro
 más que la rabia el rubor.
 Y de sí mismo afrentado,
 de la estancia de Ana huyó,
 cual buscando de la sombra
 asilo en el espesor;
 y á solas con ciego encono
 golpeándose el corazón,
 gimió de sí con desprecio,
 y de vergüenza lloró;
 que mas que pese á su orgullo,
 y pese á su propio amor,
 se ven, al verse tan viles,
 tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo
 reconcentró su furor,
 y al aposento de Elvira
 su rabia le encaminó;
 porque detener al hombre
 tan sólo pudiera Dios,
 cuando ya empezó el camino
 de su eternal perdición.
 Y en vano en tan duro trance
 de un espíritu el amor
 pretende obstruirle el paso
 en fantástica ilusión;
 y en vano sus turbios ojos
 girando ante ellos nubló,
 y desconcertó su mente,
 y ahogó su respiración,
 porque don Luis despeñado,
 sin luz, sin alma y sin voz,
 hasta la estancia de Elvira
 colérico se arrastró;
 pues siempre con el destino
 lucha el hombre con valor,
 aunque siempre al ser postrado,
 gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,
 y al desacorde rumor
 que hizo al abrirse la puerta
 cuando en sus goznes rodó,
 ni tuvo de alzar los ojos
 la más fugaz tentación,
 porque también duerme el crimen
 tras el desvelo traidor.
 Y vanamente en el alma
 una celeste visión
 como inspirados acentos
 piadosa le mumuró
 secretas voces de huida,
 palabras de salvación,
 obscuras frases del cielo,
 ecos de un ser velador,
 pues ensimismada entonces
 en su tenaz postración,
 necia de escuchar se abstuvo
 seres que tanto ofendió.
 Mas ¡ay! que al fin desoyendo
 instintos del corazón,
 pronto vió enfrente á su esposo
 que con aspecto feroz
 audaz sorteaba su seno,
 y en ansias mortales,—¡Oh!!!—
 pudo pronunciar apenas
 su labio con muerto son,
 porque de su blanco pecho,
 formando un profundo hervor,
 se abocaron por la herida
 la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
 con satánico furor
 ni lágrimas ni suspiros
 en holocausto rindió,
 porque tan viles crueldades
 en casos tan tristes, son
 ínfulas que da el orgullo,
 alientos que da el honor:
 y á la luz nocturna que entra
 por el contiguo balcón,
 sobre una mesa, tranquilo,
 así á escribir se sentó:

«Don Pedro, mi esposa ha muerto
 Yo soy noble: vos galante:
 y es quimera,
 que la que, con trato incierto,
 esposo tuvo y amante,
 sola muera.

»Sitio, la playa:—hora, ahora:—
las armas, una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
una daga.

»Rogad á Dios... ¡Oh! Vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.
¿Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito.
—Luis de Castro.»

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo y de su crimen,
de allí huyendo se alejó;
y al ser que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

—¡Caed sin vergüenza, orgullo;
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!!—

VI

HONOR Y AMOR HACEN LOCOS

Don Luis.—Dón Pedro.—El alma en pena

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,
y el paso, como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras, convulsos sus labios

murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los días
de más alegres auroras,
cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad más remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DÓN LUIS

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios,
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mutuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUIS

Mucho, don Pedro, tardasteis.

DON PEDRO

Cual me habéis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliasteis?

DON LUIS

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO

Pues vamos, don Luis.

DON LUIS

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,
con una sonrisa irónica
clamó don Luis, extendiendo,
al aire una banda roja:

DON LUIS

Con esta, si no os asombra,
nos ataremos don Pedro.

DON PEDRO

A nada, don Luis, me arredro.

DON LUIS

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO

Sí, desasirnos podemos...

DON LUIS

¡Huir!... ¿tan cobarde fuerais?

DON PEDRO

¡Huir!... ¿y creer pudierais...?

DON LUIS

Pues atemos.

DON PEDRO

Pues atemos.

Y al alargarse las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aun no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramáis gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
—al amor,—honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones! ¡sombras!!!
Amaina, don Luis, la furia
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.
¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quien ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luis, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble

debe á un traspies la victoria?
 ¿Y adónde estás en tal cuita,
 imagen de Irene hermosa,
 que en son de paz sus afanes
 no departes mediadora?
 Sin duda tu acento no oyen,
 que hombres que á tanto se arrojan,
 no es mucho, no, que del cielo
 voces internas desoigan.
 Cesad, que ya de los rostros
 la sangre á torrentes brota.
 Cía, don Pedro, que mueres.
 El paso, don Luis, acorta.
 ¡Ay, que mejor que el alfanje,
 casi el furor os ahogal...
 El pecho, don Pedro, esquiva:
 corre... vuela... el paso dobla...
 Alza, don Luis, el acero...
 ten... oye... ¡misericordia!...
 ¡Triste de vos, el de Lara,
 si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera
 que exhaló don Pedro ronca,
 quedaron del asesino
 ciegas las potencias todas,
 y mientras la calma espera
 con resignación estoica,
 el mutilado cadáver
 asido el brazo le encorva.
 En vano el acero busca
 del campo sobre la alfombra,
 para evadirse del peso
 que cruelmente le agobia;
 pues al sepultarle airado
 con la indignación más loca,
 quedó del triste don Pedro
 entre las entrañas cóncavas;
 é inútilmente su diestra
 las ligaduras destroza,
 por ver si un piadoso esfuerzo
 de sí el cadáver arroja,
 que la invisible potencia
 de una deidad misteriosa
 parece que al mismo crimen
 al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
 que todo su ser trastorna,

cree ver los gestos horribles
 de mil figuras diabólicas
 que asen del muerto, doblando
 el peso que le acongoja,
 y huye, arrastrando el cadáver
 que le demandan las sombras,
 sin escuchar sus aullidos,
 carcajadas estentóreas
 que pavoroso el infierno
 en señal de triunfo aborta.
 Y es inútil si contrito
 la gracia de Dios no implora,
 que huya, rompiendo los lazos
 que al parecer le eslabonan,
 pues mientras que el mundo cruce,
 que gire, que pare ó corra,
 siempre dejando el infierno,
 verá que su senda cortan,
 ya la sombra del amante,
 ya la imagen de la esposa;
 y aunque no tan crudamente
 como á él le acosan ahora,
 á cuantos al mundo nacen
 remordimientos acosan,
 si no del brazo pendientes,
 asidos á la memoria.

Oyendo solo, abismado
 en confusión espantosa,
 los gritos de la conciencia
 que calladamente asordan,
 corre el de Castro, ya viendo
 simas que á sus pies se ahondan,
 ya fieras que le persiguen,
 ya montes que se desploman;
 y trasluciendo entre nubes
 de Irene la blanca sombra,
 único faro que alumbra
 al infeliz que se ahoga,
 por su presencia alentado,
 corre gritando:—¡Perdona!—
 y ella:—¡Sígueme!—responde,
 cual eco de su voz propia,
 y siempre asido al cadáver
 que entre las peñas destroza,
 de la desterrada amante
 sigue la luz misteriosa,
 luz que para el pobre Castro
 es de la esperanza copia,
 pues la luz de la esperanza

es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por más que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aun desde las grutas lóbregas.

¡Oh! ¡Viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,
ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falanje
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel—¡Sígueme!—que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que, por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquélla,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.

VII

DIOS ES PIADOSO

Don Luis.—El alma en pena

Sobre unos rudos escombros
don Luis sus tormentos sufre,
en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque deshechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de atmósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luis al morir reúne
porque á su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo
sus últimas inquietudes
cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,
y vió ante el Señor postrada

de Irene la imagen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingratitudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid:—¡Bendita seas!—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen,
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al son de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuánto la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorrumpie;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude
al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luis las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

SONETOS

I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. la reina D.^a Isabel II

Más que la luz de la razón humana,
amo la obscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,
el dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía;
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo anubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quitame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fe siendo engañado!